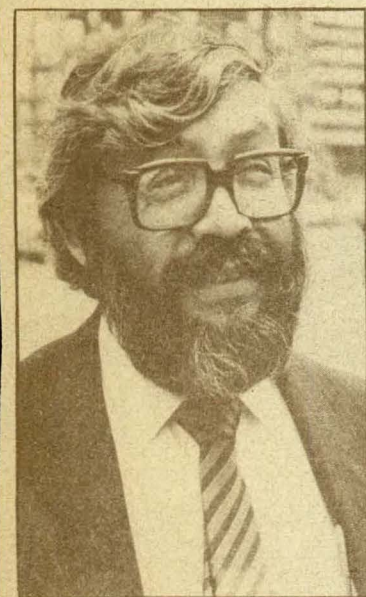


# Buendía: 3 años de Silencio Cómplice

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Granados Chapa... Políticas, las pistas más sugerentes.

Se cumplen, este 30 de mayo, tres años del asesinato de don Manuel Buendía. La obligada reflexión sobre su homicidio se nutre, por desgracia, con una breve meditación sobre la muerte, provocada por la de don Eduardo Blanquel. Profesor de historia, historiador, articulista en algunos de sus últimos años, Blanquel pasó de ser un liberal recatado, tenido hasta por reaccionario por algunos de sus alumnos, a hombre radicalizado, colérico ante las prepotencias del poder. Murió relativamente joven: no había cumplido aun los sesenta años y a pesar de que fue un profesional laborioso, aún se esperaba de él el fruto más maduro de su creación. Una enfermedad cercenó su vida a deshoras, y esa certidumbre hace más doloroso el saber de su fallecimiento. Cuando el fin de los días de una persona la encuentra con la cuenta cerrada, con que ya se hizo no se hizo todo lo que se podía hacer,

la muerte es menos gravosa. Pero cuando además de la sensación de definitividad en la separación nos asalta la certeza de que hubo pendientes no resueltos, el pesar es mayor, como en el caso de Blanquel.

Inevitablemente, las deudas personales se hacen presentes. Blanquel escribía en *La Jornada*, pero hace meses suspendió su colaboración. Esta, aparecida cada lunes, era muy estimulante, por documentada y talentosa. Escapaba, además, no obstante la clara definición de su pensamiento, a los clichés a que somos aficionados en un periódico de ese talante ideológico. Cada vez que no aparecía su texto, se me renovaba la decisión de llamarlo por teléfono para indagar la causa de su ausencia y para rogarle que no la prolongara más. Cuando ya es imposible que conteste la llamada nunca hecha, me abruma la abulia que me impidió conocer sus motivaciones y, lo más importante, contribuir a que los lectores se beneficiaran con la sabiduría y la buena fe que rezumaban los artículos de Blanquel. Una labor importante debe ser emprendida por sus discípulos: conviene reunir los textos de diversa naturaleza que escaparon a la agraphía de don Eduardo, reconocida por él con un tono entre autocrítico y apesadumbrado, para que su lejanía no sea total, ni definitiva su ausencia.

La reflexión funeral se había instalado en mi ánimo desde el 10 de mayo, cuando llegó al término de su existencia doña Esperanza Carrasco. A pesar de que era abuela de mis hijos, no es por ello que traigo su tránsito a estas páginas, sino porque su vida constituyó un ejemplo de laboriosidad simple, de esas que no dejan huella más que entre sus seres queridos, pero que a ellos los marcan con tintas indelebiles. Viuda dos veces, doña Esperanza no se refugió en la miseria de una casa que se hubiera desmoronado sin su carácter. Por lo contrario, resolvió que formaría a sus hijos (Marcos, Agueda Esperanza, Elena, Héctor, Marta Isabel, Elvia y César), que le dieron medio centenar de nietos, que a su vez empezaban ya a brindarle la cosecha de la tercera generación) con la doble pedagogía de lo que se dice y lo que se hace. Disciplinada al trabajo, realizado en las duras condiciones de la costura ordenada por fabricantes de pantalones y otras prendas de muy difícil confección, sacó adelante a una familia que la lloró con buenas razones el Día de las Madres, en que su cadáver fue conducido al cementerio municipal de Pachuca.

Pero nuestra primera evocación de la muerte estaba suscitada por la de don Manuel Buendía. Los carteles que recuerdan su homicidio, en esta tercera oportunidad anual de dolernos por su desaparición e indignarnos por la impunidad de sus asesinos, proclaman que han transcurrido "tres años de silencio cómplice". Eso es verdad, y hay que gritar esa convicción. Porque también es oportuno recordar el incumplimiento de las ofertas oficiales de dedicar al importante asunto tanta atención que se llegara con prontitud a la resolución del crimen. Doña Victoria Adato, procuradora de justicia respon-



Manuel Buendía... Único relevante, el atropello a investigados.

sabilizada en el primer momento de la indagación del homicidio encontró en ese tema uno de los escollos donde se atoró su antigua buena fama de juez, que no le fue buen antecedente como jefa del Ministerio Público, y debió renunciar. Su reemplazante, el procurador Renato Sales Gasque, llegó al cargo también antecedido de magnífica reputación que por lo menos en el caso específico de Buendía no ha encontrado aval en la práctica.

Al contrario. En el año y medio que lleva ya en su cargo el nuevo procurador, la indagación sobre Buendía no ha avanzado un ápice. En enero de este año iba a celebrarse una conferencia de prensa para dar noticia formal y suficiente a este respecto. Así se le notificó a varios periodistas. Ya finaliza mayo y la dicha conferencia no se realizó, a pesar de que en torno de ella estaba también empeñada la palabra de don Manuel

Bartlett, secretario de Gobernación. Este se preocupó vivamente por las declaraciones de don Angel Buendía, hermano de don Manuel quien no disminuye el rigor de su exigencia por que se halle y castigue al responsable de la desaparición del periodista, y le ofreció aportar informaciones que aclararan cómo ha progresado la investigación. Hasta ahora, el público no tiene noticia de tales avances.

Algunas personas saben, sí, que se continúa la pesquisa. Pero el modo en que se adelanta en ella, lejos de acercar a la certidumbre de que se hallará a los asesinos, aparta de esa posibilidad. Una señora a quien en su momento se citó para declarar, fue conminada, del modo pésimo que suele emplear la Policía Judicial en casos así, a que se presentara de nuevo a una averiguación en que aportó ya la información que debe dar. En cambio, las pistas de orden político, a mi entender las más sugerentes, porque mientras no se pruebe lo contrario fueron de ese género las motivaciones del asesinato de don Manuel, han sido por entero abandonadas. No se ha llamado a renovar sus declaraciones a quienes poseen información que acaso fuese relevante, como si los agentes encargados del caso, a cuya cabeza está presumiblemente el capitán Jesús Miyazawa, por su doble carácter de jefe de la Policía Judicial y amigo de mucho tiempo de don Manuel, sólo fingieran dedicarse a la averiguación.

Se multiplicaron los atropellos a la dignidad de muchas personas en la primera indagación sobre el homicidio. Eso fue lo único relevante y cierto de aquella fase de la averiguación. Ahora parecen repetirse las arbitrariedades, pues se cita ni siquiera a testigos por medio de la fuerza, y no se progresa en la búsqueda de las verdaderas pistas, o al menos en las que más aproximan a la verdad.

En cambio, se adelanta en el ahondamiento de la presencia de don Manuel entre sus fieles lectores, los que lo fueron mientras vivió y quienes lo descubrieron a raíz de su homicidio. Siguen siendo editadas las columnas que publicó el señor Buendía, así como otros textos preparados por él, ya sea para leerlos como conferencias o redactados en forma de memorandum a amigos y solicitantes de su opinión profesional en torno a temas en que don Manuel era especialista. A las ediciones reimpresas siguen nuevos libros, como *El oficio de informar*, que publicaran conjuntamente la Universidad de Guadalajara y la Fundación Manuel Buendía en esta misma semana.

También habría que notificar que la editorial Progreso, que en Moscú se dedica a las ediciones en lengua castellana, lanzará próximamente la versión rusa de *La ultraderecha*. Pero es preferible no dar a la luz esa información, porque servirá a los torpes difamadores de la memoria de don Manuel como comprobación de que el periodista asesinado hace tres años tenía nexos con el Kremlin.